

Entre la Espada y la Pluma

12 años. Cuando saliera, tendría... no podía ni hacer la suma, su mente estaba en otra parte. La jueza había pronunciado las palabras como si se tratara de aburridas estadísticas, no de su vida. Claro que la mayoría de las estadísticas eran vidas de personas. Y ahora, reflexionó, me ha tocado a mí convertirme en una estadística.

* * *

Macarena encendió, como todas las mañanas de lunes a sábado, su ordenador. Mientras arrancaba, fue a echar cincuenta céntimos en la máquina y volvió con un capuchino. En el centro de la pantalla había un icono que le extrañó, un documento de texto que ella no había puesto allí, llamado *Sentencia*. Lo abrió:

Hermosa dama, soy tu fiel

Amante en flagicio:

Ordenan torne de buriel

Tu cuerpo de delicio.

El suave encanto de tu piel

Jamás será cedicio,

Aún más dulce que la miel

Será tu sacrificio.

Atónita, lo leyó varias veces. Miró a su alrededor. Los mismos compañeros de siempre, intentando, con un amago de jovialidad, despejar los resquicios soñolientos típicos de un lunes a las ocho y media mientras emprendían su rutina diaria. ¿Quién le habría querido jugar una broma de tan mal gusto? Borró el texto y lo sustituyó por:

Escribiendo polladas te veo muy chulo

¿Pues sabes qué? Que te den por *.

Cerró el documento y enseguida se arrepintió ligeramente de no haber guardado la amenaza, por si acaso encontrara al imbécil y lo pudiera usar como prueba contra él (suponía que era un él, aunque en realidad podría bien ser una ella.)

Al día siguiente ya no pensaba apenas en el asunto. Pero cuando encendió el ordenador, se encontró con que el fondo de su pantalla había cambiado: las inocentes velitas caribeñas habían sido reemplazadas por una imagen de su propia cabeza sobre una bandeja de plata. Antes de que alguien pudiera verlo, apagó el monitor y se quedó unos minutos pensando. Entonces, cerciorándose de que nadie miraba, entró en Propiedades de Pantalla, averiguó dónde estaba la imagen y, en vez de borrarla, la puso en una carpeta que tituló *Chorradas del Imbécil*. Al día siguiente, casi fue una sorpresa no encontrar nada extraño en su escritorio. Pero cuando aquella tarde le dio a Apagar, apareció de repente una fotografía de un cementerio. Entonces observó que era una animación, que los bordes estaban ardiendo. No pudo dejar de admitir para sí que la cosa estaba muy bien conseguida, hasta parecía que el papel se curvaba y se tornaba marrón a medida que lo consumían las llamas. En el centro había una lápida con algo escrito. Predeciblemente, era su propio nombre, y justo antes de que desapareciera por completo y el ordenador se apagara, creyó leer debajo:

31 de octubre de 2001.

O sea, hoy, pensó. Bueno. Como casi siempre, se había quedado la última. Abrió la puerta y miró a ambos lados antes de salir al pasillo. Se suponía que debía apagar las luces, pero no le apetecía nada quedarse en la penumbra. Bajando sola en el ascensor, maldijo su absurda dedicación al trabajo (que no le había procurado nada en los cinco años que llevaba allí sino una promoción simbólica) y también sus aires altivos, razón principal por el poco cariño que le tenían sus compañeros. Ya que estaba, maldijo su orgullo, que no le había permitido decirle a nadie lo que estaba ocurriendo, a pesar de que los mensajes podían muy bien tomarse como amenazas de muerte, lo cual era un delito, y ninguna deshonra. Y sin embargo lo que más le había preocupado era que alguien los descubriera. Maldijo su ineptitud informática, producto de su orgullo que le impedía averiguar nada sobre su acosador, y finalmente, pero ya con menos énfasis, maldijo esa ultrafinura suya, que la llevaba a escribir un asterisco en lugar de “culo”, y hasta a maldecir las cosas que no le gustaban en vez de cagarse en ellas como todo el mundo.

Salió por fin a la calle y comenzó a andar hacia el parque. Se detuvo. Si su persecutor la conocía tan bien como aparentaba, sabría que tomaba ese camino a casa. Debería tomar otro aunque supusiera andar más. Sus dientes rechinaron. Que un desconocido, quizá un bromista, le pudiera hacer esto sin más que unos mensajitos estúpidos le daba una rabia

prácticamente irreprimible. Respiró hondo varias veces intentando calmarse, pero paró al observar que lo único que conseguía era un estado de hiperventilación.

‘¡Macarena!’

La voz petrificó todo otro pensamiento. El tono despreocupado, incluso burlón, que había usado su agresor la encolerizó a pesar del terror que la había congelado. Era como si el verdadero pánico hubiera estado allí todo el tiempo, latente, y ahora se había roto la presa y se le había inundado la mente, los sentidos y sobre todo la piel. Se dio media vuelta. Confrontándola, a dos o tres metros, había un hombre alto y delgado, con un sombrero emplumado y la cara tapada salvo por una sonrisa diabólica, y alguna especie de bastón. Todo pareció transcurrir a cámara lenta, aunque no pudo durar más de un segundo. Macarena se abalanzó sobre la aparición agarrándolo por la cabeza, con una mano tras la nuca y la otra en el mentón ejerció toda su fuerza en un giro brusco. Un chasquido y el cuerpo cayó al suelo, lacio.

* * *

Manuel iba todo listo para Halloween. En realidad era el mismo disfraz que había utilizado el pasado Carnaval, pero qué más daba, si total, el caso era intentar liarse con la de las clases de volley, al carajo la coherencia ceremonial. Despertó de sus contemplaciones al reconocer en la otra acera a su antigua niñera. Cruzó temerariamente la calle y la llamó:

‘¡Macarena!’